

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratara. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

RENOVACION

AÑO XIV

Fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 540

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo.

Jaén 24 de Febrero de 1939

Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

HACIA LA GUERRA

Lo inevitable se aproxima

Menudean los síntomas de que se está acercando el momento en que fatalmente habrá de estallar el conflicto bélico, inverosimilmente aplazado, pero ya en absoluto inevitable, entre los regímenes totalitarios y sus presuntas víctimas. Tan cierto es ese carácter de fatalidad ineludible que le asignamos a la inminente guerra universal, que incluso los Estados Unidos—de todas las grandes potencias la más alejada de los focos probables de conflagración—acaban de reconocer, por boca del Secretario de Estado Cordell Hull, la dolorosa probabilidad de verse arrastrados a la guerra, pese a sus deseos de preservar su propia paz y la del mundo.

Y es que, en efecto, la carrera desbocada de los dictadores hacia el conflicto armado está adquiriendo aceleración vertiginosa. Empuados, más que impulsores, del movimiento que los tiene por caudillos, poco podrán ya diferir la ejecución de algún acto irremediable que será como chispa sobre un montón de pólvora. La Prensa fascista y nazi—recuérdese una vez más que toda ella es oficiosa—se expresa en tono que no deja duda acerca de las intenciones próximas de quienes la inspiran. Al aplaudir la ocupación de la isla de Hainán por los japoneses anuncia el momento «en que los golpes se harán sentir más cerca, en Europa y en el Mediterráneo», contra las grandes democracias, que «en Oriente reciben un justo castigo» y «no tienen más que lo que merecen». No puede estar lejano el día—pura cuestión de oportunidad—en que se realice otro «hecho consumado». ¡Qué pocos quedan ya en lo posible que no hieran en carne viva, en órganos vitales, a las pacientísimas democracias! ¿Y por qué vacilarían los agresores ante una agresión más, si todas las anteriores han resultado impunes y fructíferas? ¿Ni cómo pueden imponerles a sus hordas fanatizadas una larga pausa, ni mucho menos un retroceso, cuando los únicos resortes con que las

mueven desde hace años son las soflamas belicosas, la perspectiva de conquistas, la exaltación del propio poder frente a la ajena debilidad, la esperanza delirante de satisfacer tanta hambre atrasada irrumpiendo en la bien provista despensa de otros pueblos?

«Menos manteca y más cañones» se ha venido proclamando en los países totalitarios, imponiendo a pueblos ya arruinados un hipertrófico rearme, capaz de arruinar a naciones prósperas. Pero es harto evidente que los cañones no pueden figurar como un fin, sino como el medio adecuado para arrebatarse la manteca a los demás. Y ahí están, armados y hambrientos, militarizados y descivilizados, es decir, ausentes de la producción en oficios de paz, ébrios de belicismo y de ferocidad racista, los súbditos de Hitler y Mussolini. Y ahí están, que es lo peor, ellos y sus caudillos, convencidos de que el mundo les tiene miedo—¡salvo España!—y de que no tienen por qué pedir cuanto apetecen, sino tomarlo y quedarse con ello, según magnífica experiencia de varios años. ¿Por qué aguardar más? ¿Quién podría intentar contenerlos sin verse arrastrado y pisoteado? ¿Quién de tiene a una manada de lobos cuando olfatearon la presa y están sobre su pista?

Perspectiva espantosa, en la que amenaza naufragar para muchos años toda una civilización. España no tan sólo no ha hecho nada por provocarla, sino que ha dado el ejemplo y marcado el único medio de evitarla cuando aún era tiempo de ahorrarse a la Bestia. Ahora ya no. Ahora solamente cabe esperar la embestida fatal, aceptar la lucha salvaje y sin cuartel; decapitar al monstruo, aniquilar a los regímenes por él creados, devolver la libertad a los pueblos que, alucinados, lo soportan y libertad para siempre a la Humanidad de la criminal demencia totalitaria.

Cuando el mundo dé cima a la empresa, ¿quién podrá disputarle a España el puesto de honor, como precursora y abanderada de los pueblos vencedores?

PATOLOGÍA

Un dictador de moda

Por Carlos RUIZ DEL TORO

También Mussolini tiene su filosofía, si nos arriesgamos a calificar de tal a las doctrinas con que pretende justificar o por lo menos explicar su obra nefasta y vitanda. Claro que ninguna de sus ideas es original, más por eso mismo conviene airearla y lanzar la responsabilidad de la misma sobre sus autores. Por su carácter colectivo puede servir como síntoma de la enfermedad del siglo.

Dos tendencias que han cristalizado en sendas escuelas filosóficas son los polos de su doctrina: el activismo y el amoralismo se agitan en el fondo de su teoría política elaborada apresuradamente en el curso de sus aventuras políticas. Pero no se busca en doctrina ninguna trabazón lógica, a no ser la de la identidad o indiferencia de los contrarios, no superadas por el razonamiento, como hacía Hegel con su famoso trío de tesis, antítesis y síntesis, sino encajada brutalmente dentro de una absurda dialéctica.

Según escribía el año 1921 en el «Popolo d'Italia», no señala límites arbitrarios al futuro, sino que quiere conciliar y armonizar las antítesis dentro de las cuales otros partidos se «imbecilizan», fosilizándose en un monosílabo de afirmación y negación. Los fascistas son a un tiempo aristócratas y demócratas, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios; legales e ilegales, según las circunstancias de tiempo, de lugar, de ambiente, y en una palabra, de historia, que nos impone la necesidad de vivir y de actuar.

Esta doctrina, que mejor podría llamarse la negación de toda doctrina determinada, exalta desmesuradamente dos cosas: la acción, legitimada y potencializada hasta el infinito, y la voluntad desorbitada de todo engranaje moral. La voluntad desafiando toda crítica y la acción desafiando toda ley. En cuanto a la negación del criterio y la voluntad constante

Pronto acude aquí a la mente el recuerdo de un precursor: Federico Nietzsche, con su exaltación patológica de la voluntad de poder (Das Wille zur Macht), que fué filósofo del imperialismo alemán y del cual ha tomado el italiano, también patológico, su hipertrofia volitiva.

En una doctrina política que con tanta libertad discurre no tiene nada de extraño que no quiera vincularse con forma alguna de gobierno. Por eso escribía en su célebre discurso de «Udine»: «Ningún compromiso nos liga con forma de gobierno cualquiera, porque los regímenes perfectos sólo existen en los libros de los filósofos y por tanto las formas políticas no pueden ser aprobadas o condenadas a perpetuidad».

Para la ejecución de esta voluntad considera lícitos todos los medios, y todo puede considerarse legal o ilegal, según las circunstancias que impone la necesidad de actuar... y forzado por estas premisas pasa a hacer el elogio de la violencia. Cuarenta y ocho horas de violencia sistemática nos permite lograr, de modo inmediato, lo que no hubiéramos conseguido en cuarenta y ocho años de progreso. Cuando resuelve una gangrenosa, la violencia es indispensable y sacrosanta.

«Con el material humano sigue—todo es posible, incluso la obra maestra, si los hombres a quienes la nación ha confiado el Gobierno se aplican a ésta con entusiasmo de artistas y no con la práctica rutinaria de un oficio».

Material humano es, para Mussolini, su pueblo, y eso son todos los pueblos de la tierra... Material humano que es preciso labrar, tornándole dúctil, maleable, disciplinado, como son las legiones fascistas.

De ese material humano, es el pueblo, en su aceptación, hay que desterrar el romanticismo. En

(Ver

Los totalitarios en España Ni mesías ni caudillos

¿Qué opinaríamos de un «razonable» que por haber tenido excelente salud durante ochenta años, dedujese, por la experiencia, por los hechos, por un argumento de analogía, que su fortaleza era inquebrantable y que su vida se prolongaría indefinidamente, sin riesgo de perderla? Esta conclusión, en tono humorístico, sacaba Gutiérrez Gamero en su libro «Mis primeros ochenta años», dando a entender que, desde entonces, comenzaba su historia de otros tantos. Pero, ¡ay!, su jocosa aspiración quedó truncada por la muerte inevitable y próxima.

¿Qué diríamos del pacífico habitante de una casa que, por haber albergado a muchas generaciones anteriores, confiase en la solidez invulnerable de la misma? Que precisamente por eso estaba más cercano su derrumbamiento.

Apliquemos el cuento. Con él no hacemos malabarismos dialécticos, sino que, apoyados en los ejemplos citados, llegamos a una consecuencia correcta, cada día más conforme con la realidad.

Traemos a la memoria el desánimo que cundió en gran parte de los españoles cuando, en la casi completa invasión napoleónica, sólo un puñado de iluminados mantuvieron viva la fe en el triunfo de su causa. Ahora, ni hemos llegado a extremos tan desesperados, ni el horizonte muestra nebulas como entonces. El enemigo tiene todavía por delante mucho que roer cuando, por desgracia para él, comienzan a conmoverse sus dientes. Comprendemos y disculpamos con esa comprensiva a las buenas personas que, ante sucesivos golpes, se desaniman, pero el último, sobre todo, ha recogido el espíritu. Mi soberano desprecio a los cobardes, escasos por fortuna, que respiran con satisfacción al escuchar las nuevas victorias de las radios de la ignominia. Para los primeros, nuestro aliento cálido y afectuoso; para los segundos, una advertencia: que aplacen su euforia, con el fin de que, al pretender

aspirar el aroma de las flores cuando llegue la primavera, no sufran demasiado al encontrar solamente espinas en los rosales. Porque—lo decimos con la seguridad de un matemático—el corolario de los teoremas presentes a resolver es la pérdida de la guerra por parte de los invasores; puesto que los rebeldes hace más de dos años que la perdieron, y ya no cuentan. Si Italia y Alemania hubiesen encontrado en nosotros un pueblo dócil, como otros, sus piraterías habrían continuado viento en popa. Claro que, al final, su botín artificial lo habría llevado la trampa. Pero, contra el muro español, se ha parado en seco su vandalismo canallesco. Y, para el fascismo, ya se sabe que pararse es morir. El mundo, que se mueve con la dificultad de un ocentón reumático, ha tenido tiempo de incorporarse con nuestra resistencia sobrehumana. El tiempo y el método de acción se los hemos otorgado nosotros. Ya está en pie y con la mochila a la espalda. Falta sólo la orden del «¡De frente, march!» Y marchará de un momento a otro. ¿No se perciben ya las bélicas trompetas que llaman al combate? Los potentes países están ya alineados. Los guías, contemporizadores hasta ahora, se apresuran a acorrallar a la Bestia, que ni sabe ni puede disimular su ferocidad. España le embotó las garras y le melló los dientes. España, con el mundo entero, ejemplarizado por ella, arrancará de cuajo a unas y otros. Los totalitarios erraron con su intervención en un pueblo que tiene exaltada una virtud que en tantos otros se echa de menos: la virilidad.

Deponed el encogimiento, amigos pusilánimes. Ahorraos la ufanía beocia, espurios de la raza. Las victorias de tiempo que hemos ganado serán la única victoria verdadera. Las conquistas especiales de que tanto se regodean los miserables coterráneos de enfrente serán su definitiva derrota. Testigo, el porvenir.

El general Miaja, jefe supremo de todas las fuerzas leales, ha desmentido, ante los periodistas, una patraña muy divulgada por la Prensa extranjera. Se decía que su Estado Mayor se hallaba en tratos con el rebelde. Contra este infundio protesta el general diciendo: «Soy constitucional y no hago más que lo que el Gobierno manda». En nuestro país, donde los pronunciamientos y el caudillaje han venido sucediéndose con lamentable frecuencia, tienen importancia estas palabras en labios de un alto militar. No hay mayor subversión que la de erigirse en gobernante el más fuerte puntal en que se apoya el Poder civil. Es algo así como si el cayado quisiese suplantar al pastor. ¿Han hecho otra cosa los militares rebeldes? Acaso por tener el espíritu troquelado en la tradición castrense, la mayor parte de nuestro Ejército profesional, hollando la Constitución, siguió la bandera de la rebeldía y se puso a las órdenes del «caudillo». Por motivo contrario, los militares que permanecieron fieles a la ley abominan de esa intromisión en funciones que no son de su competencia. Liberales y demócratas, saben que están al servicio del pueblo y de las instituciones que él se ha dado.

El general Miaja, suprema autoridad militar, hace patente esta convicción expresiva del deber que tienen todos los españoles, con uniforme o sin él, de acatar las órdenes del Gobierno, que es tanto como someterse a la ley. Pero esta ejemplaridad vale, no solo para sus subordinados del Ejército popular, quienes, en honor de la verdad, no lo necesitan; sino también, y más especialmente, para el paisanaje. Porque si los jefes de la vieja milicia tenían tendencias caudillistas, no estaban libres de ellas los prohombres civiles, o simplemente los mortales con prurito de providencialista o mesiánico. Lo da la tierra. Bajo la sencilla americana de cualquier español se oculta el alma de un mandarin o régulo con ínfulas de insubmisión. ¿No es éste, por ventura, el secreto profundo de nuestro genio indómito ante la barbarie extranjera?

Pero esta cualidad, tan estimable desde el punto de vista humano, se torna altamente nociva cuando, en momentos como en los actuales, es necesaria la más íntima solidaridad, incomprensible sin una subordinación incondicional al Poder constituido. En los días que

corren es poco la unión de todos; precisase la fusión, la soldadura, de cuantos aspiramos a forjar una sociedad sin tiranías.

Hoy, los mejores antifascistas son aquellos que, olvidando por completo el viejo carnet de partido o sindical, funden sus anhelos para realizar una sola tarea: la conquista de la libertad, seriamente comprometida. En estos momentos los partidos y las Sindicales son trozos, taifas, montones, que desvirtúan la potencia única que ahora necesitamos para derrotar al conglomerado de enemigos que adunan sus fuerzas como bestias arreadas por irascible carromatero. Valga nuestro albedrío para conseguir el mismo efecto que la tralla.

El Partido u Organización que se empeñe todavía en afirmar su personalidad, no acatando sin reservas al Gobierno, hace un flaco servicio a la causa y procura el suicidio para sí y el asesinato para los demás. Hay una autoridad legítima, modificable, sustituible; pero absoluta. Lo demás es empalidecerla, restarle poder y energía. Y, ahora, lo más conveniente para todos es abdicar de toda personalidad individual y colectiva temporalmente para que no la perdamos por tiempo indefinido. Gobierno fuerte, ya que no un Clemenceau cirujano. El general Miaja, con sus declaraciones, señala a todos el camino a seguir. No hay más voz que la del Gobierno.

NOTA DE INTERES

Esperamos de nuestros abonados se sirvan comunicarnos las deficiencias que observen en el reparto, para subsanarlas, ya que todas ellas son involuntarias.

El buen antifacista procura no aumentar las incomodidades anejas a la guerra. Tratad a todos con la máxima consideración, sobre todo a las mujeres y a los débiles.

JOSE JIMENEZ JEREZ - JAEN

]]]]

EL SASTRE DE LAS 4 JOTAS
Plaza de San Francisco, 7 — Jaén

Manuel Campos Lucha

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS
MARTINEZ MOLINA, 11. TEL. 434. JAEN

representación de Ayuntamientos. E... industriales. Certificados
ro. Licencias de caza. Cuota... asuntos de Hacienda,
de automóviles. Carnets d... Expedientes Junta
portes servicios públicos... mercancias

para vis... extranjero

Un pacifismo derrotista Nuestra República, ejemplo en el mundo

por Emile BURÉ

«¡Viva la paz, aún sin honor!» Tal fué el grito lanzado por los impenitentes pacifistas después de nuestra espantosa derrota en Munich. Aún a riesgo de molestar a esos personajes, muy irritables cuando se las entienden con sus compatriotas, les diré netamente que cometen una solemne tontería creyendo que puede existir la paz sin el honor. Ocurre en estos achaques, a las naciones como a los individuos, que cuando se dejan menoscabar su honor ya no tienen jamás un momento de tranquilidad. Ante las amenazas se ven obligados a ceder, a ceder siempre, cuando han capitulado la primera vez; y acontece que cuando derrotadas y exasperadas, quieren defenderse, les es imposible, por hallarse anquilosadas.

Con frecuencia, desde la visita de Ribbentrop a París, los elementos oficiales y oficiosos han declarado alegremente que nos hallamos en instantes de entente franco-alemana. A mí me basta mirar el mapa publicado por el periódico «Le Matin», que, por cierto, no es sospechoso de germanofobia—en el cual se reproduce el trazado del canal alemán del Rin al Main y al Danubio, demostrando el éxito alcanzado por el plan pangermanista del Reich—, para darme cuenta de que la tan pregonada entente implica la derrota de mi país, la aceptación por su parte del desquite alemán. Se ve así mismo en la penosa obligación de despedirse de todos los países del este de Europa que fueron sus amigos y aliados, y que a finales de septiembre pasado se habrían puesto en pie ante el llamamiento de su Gobierno si éste no hubiera preparado calladamente la capitulación. Me produce profundo dolor el recibir a los checoslovacos, a los yugoslavos y a los rumanos, que, por no haber abdicado de sus sentimientos francófilos, ardentemente francófilos, son mal vistos por sus Gobiernos e incluso por el propio Gobierno francés.

En Francia acaece hoy lo mismo que después de Waterloo: todo es para los amigos y agentes de Hitler y de Mussolini. Piden las derechas la ruptura del Pacto franco-soviético. ¡Pero si eso es inútil! Hace tiempo que está roto; y Varsovia, que se ha aproximado a Moscú en un sobresalto tardío, provocado por su instinto de conservación, no tiene ya nada que

esperar de París. Si insistiera un poco, tal vez conseguiría Von Ribbentrop que se envíen algunos destacamentos franceses a Ucrania, cuando la Reichswehr reciba la orden de penetrar en el país. Como dice Maurice Muret en «La Gazette de Lausanne»: «¡El territorio de los Sudetes no era más que un trampolín para saltar más lejos, mucho más lejos!»

¡Es verdad, querido amigo! El resultado indiscutible y lógico de la política de Munich, practicada por Chamberlain y por Daladier, consiste en la adhesión de Inglaterra y de Francia al Pacto anti-Komintern, constituido por Alemania, Italia y Japón. Lo que ocurre es que esas tres naciones no aceptarán a aquellas otras dos más que después de haber entregado en su triple caja un diezmo, un gran diezmo.

¡Ingleses y franceses, hermanos míos! La guerra que se desarrolla en el mundo es una revolución nacional y social, una formidable revolución nacional y social; y una parte importante de la burguesía de nuestros respectivos países ha decidido estúpidamente que nuestros bienes y nuestro honor debían ser ofrecidos—para obtener la salvación—en holocausto a Hitler y a Mussolini. Esa burguesía ha encontrado en París y en Londres unos gobernantes capaces de poner en ejecución esas decisiones.

Von Ribbentrop vino a París para atar a nuestro país al destino que le ha sido fijado por Hitler. Mientras él operaba, Mussolini calló, con tanta mayor facilidad cuanto que ya habría recibido tal vez de nuestro embajador, monsieur François Poncet, muy halagadoras proposiciones. Una vez que obtenga en Túnez un estatuto para los italianos, concebido en forma benéfica, no le será difícil encontrar un Runciman que le asegure inmediatamente después la posesión de nuestro Protectorado, primer objetivo de sus ambiciones, a pesar de todos los mentís del conde Ciano. ¡Qué sabroso sería leer ahora los periódicos franceses que defendieron su causa durante la guerra de Etiopía! Recuerdo las injurias que se me dirigieron cuando dije que reclamaría Túnez, Djibuti, Córcega, Niza y Saboya, si se sintiera con bastante fuerza para apoyar con las armas sus presuntuosas reivindicaciones. *L'Ordre*, acertó

El Gobierno de Unión Nacional, que rige los actuales destinos de nuestra patria amenazada por la invasión, se ha compenetrado de cuál era su misión. No podía ser de otro modo; la ejemplar conducta que tuvo hasta ahora representando a un pueblo digno que le quiere, se renueva en estos momentos, en que adversidades que a estos bravos hijos de España alcanzaron, pero de las que otros países son en cierto modo autores, pudieran hacer brecha en su alta moral hasta aquí sostenida a toda costa y contra cualquier eventualidad adversa.

La ola de infamias de los facciosos habrá de remitirse a un nuevo intento fracasado de vencer lo que es invencible: la decisión de un pueblo por morir antes de ser sojuzgado. El Gobierno poseído de su misión al frente de un país que está dando una magnífica lección de dignidad y amor a sus libertades, conquistadas a costa de esfuerzos inauditos y admirables, a costa de vidas de hombres inolvidables de sacrificios sin cuento, este Gobierno presidido por un hombre entero y al que la Historia plazará entre los hombres que alcanzaron gran relieve por sus virtudes, ha roto todos los hilos de una red de insidias con la que querían cazar la buena fe de los españoles aquellos que ponen en sus labios el nombre de España como, según la leyenda, puso Judas en las suyas la mejor añagaza de la traición artera.

Con ese esfuerzo imaginativo, que lo es también de desesperación e impotencia (porque sabe Franco que la República y su causa cuenta en la zona que sojuzga con más adeptos que los que pueda reunir para su triste empresa) han hecho una vez más el ridículo aquellos que un mal día se lanzaron a la aventura que se condensaba en aquellas despechadas palabras del siniestro Gil Robles: «Preferimos destrozada a España, que en poder del comunismo». Siempre de tumbo en tumbo, cegados por sus ruines pasiones de dominio, ni vieron antes que lo que la República ansiaba para el país era su reivindicación cultural y política, su dignificación como pueblo soberano que manifestaba sus anhelos de superación de un modo normal y digno de respeto, por medio de las urnas, y que en ello había un hecho simple de evolución histórica y nunca la influencia de ninguna corriente social o política, ni vieron más tarde, ahora, que esta compenetración indestructible del pueblo con la República sigue siendo algo que supera toda prevención arbitraria y deshace de un modo rotundo toda y cualquier campaña que pretenda ponerla en entredicho.

Aquí está nuestra República, remontándose cada vez más sobre las insidias de sus enemigos seculares de dentro y por cima de las extrañas actitudes de los irresolutos de fuera, desplazados en verdad de su misión de defensores del derecho de los pueblos y de las instituciones políticas soberanas, con cuya posición ponen en peligro sus propios destinos. Seguirá la lucha, con mayor tesón si cabe, porque ante las grandes debilidades se han de levantar las fortalezas de espíritu y las convicciones decisivas. Todavía España escribirá por largo tiempo páginas inmarcesibles de su propia defensa contra quienes la quieren humillada y maltrecha, y no menos en favor de aquellos insensatos que, aplanados en sus pusilánimes prejuicios, tuvieron un pobre y suicida concepto de la realidad histórica del momento mundial.

Con ese esfuerzo imaginativo, que lo es también de desesperación e impotencia (porque sabe Franco que la República y su causa cuenta en la zona que sojuzga con más adeptos que los que pueda reunir para su triste empresa) han hecho una vez más el ridículo aquellos que un mal día se lanzaron a la aventura que se condensaba en aquellas despechadas palabras del siniestro Gil Robles: «Preferimos destrozada a España, que en poder del comunismo». Siempre de tumbo en tumbo, cegados por sus ruines pasiones de dominio, ni vieron antes que lo que la República ansiaba para el país era su reivindicación cultural y política, su dignificación como pueblo soberano que manifestaba sus anhelos de superación de un modo normal y digno de respeto, por medio de las urnas, y que en ello había un hecho simple de evolución histórica y nunca la influencia de ninguna corriente social o política, ni vieron más tarde, ahora, que esta compenetración indestructible del pueblo con la República sigue siendo algo que supera toda prevención arbitraria y deshace de un modo rotundo toda y cualquier campaña que pretenda ponerla en entredicho.

En el Café Ideal Bar

SERVICIO ESMERADÍSIMO
BERNABÉ SORIANO :—: JAÉN

Visado por la censura

siempre en materia de política exterior; pero no puede regocijarse de sus aciertos, porque nunca fué escuchado. Todas las desdichas previstas se han desencadenado, agobiando a nuestro país.

(Del diario *L'Ordre*).

Leed y propagad RENOVACION

Periódico defensor de
: la clase proletaria :

Fernando de los Ríos, 2.-JAÉN

Café - Bar Regional

Martinez Molina, núm. 10 JAÉN

Teléfono 347

RENOVACION

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Jaén, un mes. 1'00 pesetas
Fuera, trimestre : . . . 3'50 »
Número suelto, 15 céntimos

EL FASCISMO

Camino de la guerra

Al mismo tiempo que el mariscal Badoglio sale de Roma hacia Trípoli, escribe el diario que inspira Ciano: «Ya se ha puesto en marcha el mecanismo que conduce a la guerra.» La frase tiene en sí misma muy escasa importancia, porque realmente no es ahora cuando se pone en marcha el mecanismo bélico del fascismo, sino que comenzó a funcionar, automática y fatalmente, con el primer paso de los «camisas negras» en su marcha hacia Roma. Lo significativo no son, pues, las palabras del órgano de Ciano, sino el hecho de que sea un diario inspirado por el yerno de Mussolini el que las lance como un desafío, precisamente en coincidencia con el viaje a Libia del más calificado entre los caudillos militares fascistas.

Ya sabemos que el mecanismo conducente a la guerra es cosa consustancial con toda dictadura reaccionaria o nacionalista: si lo primero, desembocará fatalmente en una guerra incivil, que es como la mal llamada «guerra civil» debiera denominarse; y si lo segundo, conducirá sin remedio a la agresión contra otros pueblos. No es anómala, sino rigurosamente lógica, la orientación guerrera de las dos dictaduras que, nacionalistas y reaccionarias a la vez, han agredido a España como ensayo y preparación de la premeditada y anunciada guerra contra Europa. Tan lógica y consecuente es esta orientación, que su rigor dialéctico le da carácter de fatalidad ineludible. Cosa, por lo demás, que ya nadie discute. Se reconoce que el mundo va disparado hacia otra gran guerra. En lo que discrepan las opiniones es en vaticinar el estallido como más o menos inmediato y en señalar a los responsables de la catástrofe inminente. Para los simpatizantes, declarados o disimulados, con los países totalitarios, la culpa la tenemos todos menos los agresores. Culpa, por ejemplo, y en primer término, del consabido ogro bolchevique, coco y pesadilla de todos los regímenes de opresión... o de democracia falsificada. Culpa de Londres y París, según la Prensa fascista, porque «no reconocen los sacrificios hechos por Italia en España», ni re-

conocen a Franco, ni han dado (a pesar del Comité Plymouth) suficientes facilidades para una más rápida y cómoda estrangulación de la República. Culpa de Inglaterra, particularmente, por no decidirse a «devolverle» a Alemania las colonias que «le fueron robadas» en 1918, con algo más como intereses de veinte años. Culpa de Francia, que provoca a Italia al negarse a entregar Túnez, Córcega y otras pequeñeces que necesita el «duce» para aplacar el hambre rabiosa de sus vasallos. Culpa de Estados Unidos, dice el mismo órgano de Ciano, por fomentar y encabezar la «versión universal antifascista». Culpa de España republicana, piensan los filofascistas de toda laya, porque con su obstinada resistencia da tiempo a que Europa se prepare para luchar, cuando habría sido tan cómodo dejar que Roma y Berlín sojuzgasen, sin necesidad de pegar un tiro a una Europa acoquinada, como pudieron hacer en Austria, en Checoslovaquia... y en Munich.

Dada la guerra europea como inevitable, ¿cuándo estallará? A esto contesta el diario del yerno de Mussolini que «ya está en marcha el mecanismo» que a ella conduce; y el mecánico parece ser ese mariscal Badoglio que se encamina a Libia, base obligada del ataque a Túnez; a Libia, donde Italia sostiene fuerzas enormemente desproporcionadas a necesidades defensivas y más desproporcionadas aún a las posibilidades económicas del régimen fascista, en franca bancarrota fraudulenta.

¡Resistir! Resistir un poco más. La bestia tiene hambre, hambre mortal; y la carne francesa parece no estar tan dura, y es, desde luego, más jugosa y alimenticia, que esta carne española, toda nervio y tendón.

¡Resistir a toda costa! Que el fruto de nuestra resistencia está madurando más deprisa de lo que muchos se figuran.

Leed RENOVACION

Periódico de los Trabajadores, e inspirado en las sabias doctrinas de aquel gran Apóstol que en vida se llamó Pablo Iglesias.

EL HABITO NO HACE AL HOMBRE

por Pascual TOMÁS

En los primeros meses de la guerra, mucha gente, ¡¡muchísima!!— más de lo que convenía a los intereses colectivos de España— cifró todas sus «AMBICIONES IDEALES» en el hecho público de ostentar un emblema que le distinguiera del resto de los ciudadanos, y les diese «exteriormente» la apariencia de ser elemento integrante de una comunidad ideal, cuyos principios doctrinales no trataron nunca de conocer, sugestionados por todo lo «EXTERNO Y PUBLICO» que a la idea— a cuya devoción y defensa se decían vivir— rodeaba.

Han corrido los días y con ello la guerra ha obligado a las gentes con su dramatismo eterno a dar a las palabras la garantía indeclinable de los hechos que las confirman. Donde fallaron en el corazón raíces hondas para alimentar la defensa de las ideas, las apariencias externas se marchitaron y de los pechos de muchos hombres desaparecieron todas aquellas ostentaciones de radicalismo sin sentido, amarrados a los cuales han fingido vivir durante varios meses.

Por las calles de la ciudad tropezamos en nuestro diario caminar, con algunas de esas gentes. Y de la misma manera que antaño sentíamos un poco de conmiseración hacia los hombres que tan burdamente fingían ideales que no sentían, ahora nos producen un poco de lástima porque observamos la lucha que sostienen con sus propios recuerdos y lo que darían todos y cada uno de ellos por borrar de su propia vida las estampas pasadas, en las cuales, aparecían, como redentores de la humanidad y como apóstoles de la buena nueva.

Para nosotros, hombres educados en los principios fundamentales del Socialismo, hemos estimado siempre como elementos perjudiciales a la colectividad, a todo ese cortejo de merecidas arrimadas a organizaciones sindicales y a partidos políticos con el solo afán de hacer olvidar el deshonor de su vida pasada. Lo lamentable para la República y para España, ha sido el que, algunos de esos falsos valores que tan rápidamente se encumbraron sobre los puestos más altos de las carrozas triunfales, por su desparpajo y por su falta de sentido político, lograron apretar a

su lado a una parte de la masa inconsciente que irreflexiblemente creyó en la posibilidad de poder convertir en hechos positivos las promesas que predicaban esos arrivistas de la política.

La lección es un poco dura y quizá para algunos cruel cuando contemplan derribados los muñecos a quienes consideraban dioses.

Una de las ventajas que nuestra victoria sobre el fascismo internacional nos ofrecerá a los hombres con sentido de nuestra propia responsabilidad, ha de ser la de poder aventar hasta las cenizas de estos falsos redentores de la humanidad, a la vez que nos permitirá grabar en el corazón de todos los ciudadanos, estas sencillas verdades: **LO EXTERNO DE LOS HOMBRES, NO INTERESA, LAS PALABRAS SE PIERDEN CON EL ECO CUANDO LA VOZ SE APAGA. LO PERMANENTE Y LO ETERNO, SON LA CONDUCTA Y LOS SACRIFICIOS PERSONALES Y COLECTIVOS QUE LOS HOMBRES REALIZAN PARA ASENTAR SOBRE ELLOS EL TRIUNFO DE LAS IDEAS DE EMANCIPACION Y DE JUSTICIA QUE CONSTITUYEN SU UNICA RAZON DE VIDA.**

PATOLOGIA

Un dictador de moda

(Viene de la 1.^a página)

liano no se toleran ni las expansiones de los enamorados, ni la frase galante de ocasión, ni la sonrisa, ni el beso. No se permite a la prensa retrato alguno de acontecimientos pasionales. El «Popolo d'Italia», hoy dirigido por Adolfo Mussolini, su hermano, fué denunciado, y su edición secuestrada por haber publicado la información de un drama de amor.

Lo más grave de esa doctrina es que no es original del que la utiliza, sino una rapsodia de ideas esparcidas por los novísimos escritores de Europa, cuya responsabilidad, si algunas veces es exigible, se envuelve otras muchas en el anónimo.

Sea ello lo que fuere, todas estas sugerencias a que me refiero pueden considerarse como aspectos patológicos de una sociedad o de una época que se han personificado en un hombre, a quien sin empacho los psiquiatras modernos calificarían como caso típico de locura moral.